

EL
E S P E J O
N E G R O



ALFONSO DOMINGO

XLIII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

algaida

El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Ángel Basanta, Miguel Ángel Matellanes, Fernando Marías, Vanessa Montfort, Marcos Fernández y Antonio Bellido (secretario). La novela *El espejo negro*, de Alfonso Domingo, resultó ganadora del XLIII Premio de Novela Ateneo de Sevilla, que fue patrocinado por CajaSol. Obra Social.



Primera edición: 2011

© Alfonso Domingo, 2011

© Algaida Editores, 2011

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Realización Editorial

ISBN: 978-84-9877-685-0

Depósito legal: M-34.605-2011

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

ALA DERECHA DEL TRÍPTICO

PREFACIO CON CARTAS DEL TAROT Y ORÁCULOS DIVERSOS . . . 9

TABLA CENTRAL

JONÁS Y LA BALLENA	13
Capítulo I. Fuera de cuadro	15
Capítulo II. El demonio del mediodía	43
Capítulo III. Ámsterdam, tela de araña	67
Capítulo IV. Mujeres de fuego	87
Capítulo V. Tiempos de resistencia	121
Capítulo VI. Jasón/Jonás	155
Capítulo VII. Carros de heno	183
Capítulo VIII. En el vientre del Seol	205
Capítulo IX. La vuelta del Hades	233
Capítulo X. Juego de damas	265
Capítulo XI. Los fuegos de San Antón	307
Capítulo XII. El baúl de Pandora	353
Capítulo XIII. El marinero fenicio ahogado	393
Capítulo XIV. La maldición del fuego	433

ALA IZQUIERDA DEL TRÍPTICO

DIABLOS E INFIERNOS 463

AGRADECIMIENTOS 471

ALA DERECHA DEL TRÍPTICO

PREFACIO CON CARTAS DEL TAROT
Y ORÁCULOS DIVERSOS

ESA FUE LA TIRADA DE ÁMSTERDAM, LA DE LAS NUEVE CARTAS: en el centro, el Colgado; por encima, el Ermitaño; por debajo, la Estrella; a la derecha de la Echadora de cartas, la Luna, y a la izquierda, el Hierofante o Sumo sacerdote, invertido.

Para completar, las cuatro verticales, de abajo a arriba: el Mago, el Diablo, el Mundo y el Loco.

No pensé jamás que fuera necesario un libro para interpretar una tirada de cartas. Para encontrar la clave. Las señales son solo eso, señales. De nada vale reclamar al arúspice la intriga, el hilo conductor. Desmadejada de la vida, como quien dice. Así que todo se mezcla, naipes y arquetipos que tienden al desorden y al enredo: atavíos, conductas, personalidades, costumbres, caminos esotéricos, algunos personajes, varias épocas y situaciones. Toda novela es como una obra alquímica, abanico de posibilidades: encajadas todas las piezas, en el atanor se destila la posible piedra filosofal, la rosa rúbea de la creación.

Tirada de cartas, fábula del mundo, pintura que refleja lo opaco de una sociedad, su espejo oscuro: el miedo, el poso de

lo bárbaro y atávico, animal, en nuestros genes. Infiernos distintos en el tiempo y en el espacio que son en realidad los mismos, los que se obstina en perpetrar el ser humano con sus propios semejantes.

No hay una, sino muchas búsquedas. La palabra es una de ellas, ciclo en eterno movimiento. Con la inconsciencia del Loco y su impulso glorioso de emprender la senda, comienza la obra: se abre el tríptico, se peina la baraja, se revelan los augurios, trabajan los magos y se disponen las conjunciones estelares.

TABLA CENTRAL

JONÁS Y LA BALLENA

CAPÍTULO I

FUERA DE CUADRO

Sepulturero, es hermoso contemplar las ruinas de las ciudades,
pero es más hermoso todavía contemplar las ruinas de los hombres.

LAUTRÉAMONT,
Cantos de Maldoror, I.

NUNCA DEBÍ HABER PINTADO ESE CUADRO. DURANTE años creí haber escapado a su influjo, pero aquello me marcó para siempre. Qué historia, la de mi existencia, y cómo se refleja en la tabla. Vida, cuánto misterio, encerrado a veces en los lienzos, siempre fuera, cabalgándonos, pasando sobre nosotros, pintándonos en cuadros sombríos, en cuerpos arrugados. Jamás pensé pasar de los noventa años. Pero para relatar mi larga peripecia, debo trasladarme tiempo atrás, cuando tenía veintitrés. A ese momento en el que, a pesar de mi juventud, se quebraba para mí la esperanza al pasar la frontera de Francia, en febrero de 1939.

En el puesto de Le Perthus me tocó presenciar escenas terribles, que se sumaban a las vistas en la retirada de Cataluña: miles de mujeres, niños y ancianos, además de soldados, huyendo con pánico de la barbarie que nos ametrallaba impune-

mente desde el cielo. Guardo de esos días la imagen de una mujer que llevaba un niño muerto en los brazos. No quería desprenderse de aquel chiquillo de dos o tres años, así que terminamos por subirla a la camioneta. Ni en la carretera, ni siquiera en la frontera, encontramos una sola ambulancia; solo los gendarmes franceses, sin duda aleccionados, que no tenían con nosotros ninguna piedad, sus palabras resonando como látigos en nuestras espaldas: *Allez!, allez!, vite, allez aux camps!*

El primer campo, precisamente, fue el de fútbol, uno de esos campos de pueblo que no tenían más que los cuatro palos de las porterías. En aquel recinto, encima de la nieve congelada, concentraron a familias que se habían mantenido unidas toda la guerra y separaron a los hombres de las mujeres y los niños. Así que allí se dieron lloros, gritos, abrazos. Y sobre todo, frío y hambre. Porque la mayoría de la gente pasaba sin nada.

Al relatar una compañera el humillante registro de que había sido objeto, junto con otras mujeres, en un vagón de ferrocarril, se me hizo visible la derrota. Aquello fue como un mazazo. Cuando entramos en Francia, éramos un ejército vencido, un pueblo vencido. Las condiciones, bien es cierto, eran penosas, pero el dolor no estaba en dormir en las playas al norte de la estación balnearia de Argelès-sur-Mer, o en las inmundas barracas de Arlet, Le Barcarès, Saint-Cyprien, Vernet, Bram, Septfonds, Gurs u otros campos donde nos habían metido los franceses. No, el dolor estaba dentro de nosotros, se asomaba a la cara, tomaba acomodo en el cuerpo, inquieto recipiente donde se revolvían tres años de avatares. Cada uno en su peripecia, memoria de una guerra perversa, unidos todos por la gran y aplastante verdad: nuestro sueño se había roto. Habíamos fracasado, una oportunidad como aquella no se volvería a presentar fácilmente. Todo lo que odiábamos en aquel país de herencias malditas nos había pisado otra vez el cuello,

nos había destrozado: los militares, la Iglesia, la aristocracia, el gran capital...

Los que allí estábamos lo sentíamos, flotaba en el enrarecido aire. En cualquier otro momento nos hubiéramos revuelto contra aquellos franceses y sus tropas coloniales, los *spahis* senegaleses, no les hubiéramos permitido tratarnos como lo hicieron, a golpe de palo y orden.

—*Allez, allez aux camps! Allez aux camps!*

Pero para eso hubiéramos tenido que ser un pueblo, si no con más agallas, sí con menos cansancio en el alma y sin la losa del fracaso y el exilio, la vida ya como una incógnita. Ante nosotros, los gendarmes mostraban su cara más torcida, más negra.

«¿Has saqueado alguna iglesia? ¿Tienes alguna joya en tu poder?», preguntaban, en su castellano con acento francés, cuando nos hacían la ficha para mandarnos a un campo. A mí me tocó Argelès-sur-Mer, la playa. Un campo penoso, la arena como cama, cavando cuevas en ella, vivienda de cangrejos humanos, sin letrinas, solo el frío mar como gran baño, aunque pocos se adentraran en sus aguas. Nos daba vergüenza que nos miraran, mugrientos, delgados, desnudos de todo.

La rendición de Madrid y el final de la guerra empeoró nuestra ya maltrecha situación. Mientras que entre nosotros no se registró eco, inútiles los comentarios de unos y otros —comunistas, anarquistas, socialistas, republicanos, todos ocupados en la tarea de salir de allí—, para los franceses fue señal de peor trato y consideración.

Nuestra indumentaria pronto estuvo hecha una piltrafa, entre las malas condiciones higiénicas y la aparición de los piojos, que solo desaparecían cuando hervíamos las prendas. Los gendarmes no daban jabón ni ropa y en los alrededores del campo floreció un mercado negro de vestimentas y zapatos, martingala de la miseria, paraíso de los chamarileros; alguno

hay siempre que saca partido de las desgracias de los demás para mejorar la suya propia. Surgieron intermediarios: algunos refugiados y guardianes. Las ventas incluyeron enseguida joyas y relojes, carteras de cuero, estilográficas. Los lugares cerca de las alambradas, donde a media tarde se realizaban los trueques, parecían el Rastro de Madrid o los Encantes de Barcelona. Eran escenas que no nos llenaban de orgullo, antes al contrario, hacían evidente nuestro lamentable estado de derrotados, de proscritos.

Habíamos perdido, pero la caída duró poco. No nos lo podíamos permitir. Como en un proceso físico, ley pendular de las conciencias, se dio en nuestras filas un sentimiento de sacudirse de encima la tristeza y empezar a moverse. Éramos luchadores. Habíamos decidido seguir peleando. Y surgió la organización en el campo, y los grupos culturales y los coros, cualquier cosa que nos devolviera la dignidad como seres humanos que tienen derecho a sueños de mejora y libertad. Buscábamos el calor en los demás, estar rodeados, juntos, en compañía.

Ese era el espíritu, pero para ser efectivo tenía que anidar en cuerpos, y el mío, aunque joven, aún no se había recuperado del impacto de los últimos meses de guerra y la mala alimentación e higiene de los campos franceses.

Sufrí una disentería. A pesar de los cuidados de los médicos, que se afanaban en la enfermería del campo, una barraca mal equipada, mi estado era preocupante. Los compañeros pensaron que si no me sacaban de allí, tendrían que enterrar-me. Para recuperarme, buscaron una granja donde me restablecí.

Estuve un tiempo falsificando avales para los libertarios que habían caído en la ratonera de Alicante y penaban en los campos franquistas. Algunos compañeros habían cruzado la frontera de forma clandestina y se habían hecho con la docu-

mentación que pedían, los famosos avales que elaboraban la Iglesia, los jefes de Falange locales o los alcaldes para liberar a los prisioneros. Esa fue la primera vez que me dediqué a la falsificación, cuyas técnicas mejoraría con el tiempo. Como resultaba complicado hacerse con un sello de goma, incluso con un buen cuero, conseguí caucho sintético. El papel, de libros de viejo. Y fabriqué unas delgadas cuchillas de finísimo filo, a partir de las de afeitar, para poder recortar las letras de imprenta, una a una, y luego, con compás, los círculos. Lograba reproducir los sellos con ayuda de un espejo y una lupa. Fueron días y días de pruebas, de paciencia y afanes, hasta conseguir unos resultados aceptables. También aprendí a confeccionar dobles fondos en las maletas. El equipo en el que permanecí algunos meses consiguió que con esos avales falsificados salieran de los campos españoles unos cuantos libertarios, la mayoría de los cuales cruzó la frontera.

A la vez, yo trabajaba en la granja ayudando en las labores del campo. El primero de septiembre de 1939 se dio una coincidencia rara. Se produjo la declaración de guerra de Gran Bretaña y Francia a Alemania, a la vez que se empezaba a cortar la uva para hacer el vino del nuevo año, vino que no salió muy bueno; quizá flotaba algo agrio en el ambiente.

Tras la declaración de guerra, la presión sobre los refugiados de los campos aumentó. Los franceses, mermada su capacidad de trabajo, ofrecían empleo en la agricultura y en batallones de marcha para abrir trincheras. A fin de conseguir sus objetivos, las autoridades de los campos endurecieron las condiciones, lo que hizo a muchos aceptar aquellos trabajos en los que pagaban la mitad que a los suyos.

Muchos de los responsables de la organización libertaria estaban aislados en el campo de Saint-Cyprien, y la organización decidió ayudarlos a salir de allí y buscarles un destino en

México o Cuba, países que a priori eran más receptivos a nuestras ideas y donde podíamos obtener más fácilmente ayuda.

Me enviaron a París. Se sentía cada vez más cercana la guerra cuando llegué en tren, con dos compañeros y el mandato del comité responsable, con el objetivo de conseguir recursos y adquirir pasajes para que muchos camaradas pudieran embarcarse camino del exilio. Allí tenía conocidos de la época en la que militaba en la *bohème* y fregaba platos en un restaurante. Durante meses resolvimos lo que pudimos con las divisas que teníamos. Después utilizamos las joyas y las obras de arte requisadas, no muchas, que habíamos podido sacar de España.

Me repugnaba todo lo que tuviera que ver con el tráfico artístico, lleno de arribistas, especuladores, gente sin escrúpulos, que solo veían en las telas los dibujos del negocio, opacos al arte, incapaces de admirar la belleza. En esto, desde luego, se parecían a algunos de mis camaradas de la guerra, a los cuales aquellos cuadros de santos, vírgenes, escenas bucólicas o mitológicas, no les decían nada.

—Si nos sirve para comprar armas y luchar contra los fascistas, bienvenido será ese dinero.

Yo me había desgañado discutiendo con comités de requisita, con los responsables de las incautaciones. Solo algunos eran sensibles al hecho de que era arte que el pueblo merecía disfrutar. Si había sido realizado por los pintores, gente con oficio, para disfrute de los exquisitos, en aquellas obras también estaban representados nuestros antepasados, nuestros congéneres, los obreros, campesinos, criados, todos aquellos personajes que acompañaban a las figuras centrales.

París había cambiado, no era la misma ciudad que cuatro años atrás. También era posible que yo hubiera cambiado bastante en ese intervalo. Poco quedaba de la bohemia, la que yo

conocí, tan joven, a los veinte años, uno antes de la Guerra Civil. Había ido a aprender con una beca del Gobierno y los ahorros de mis padres, maestros con inquietudes y ganas de cambiar un país injusto. La formación era el único lujo de mi familia. Antes de Francia pasé un curso en Alemania, pero Berlín no me encandiló. Me deslumbraba más París y su ambiente intelectual, donde, como muchos de mi generación, suponía que estaba la cuna del arte. Pero allí, aparte de los museos, apenas pude disfrutar del ambiente bohemio. Cuando me di cuenta, había gastado como un novato todos mis recursos invitando a cafés y almuerzos. No tuve más remedio que ponerme a trabajar en el mercado de Les Halles y lavar platos en un restaurante, hasta que reuní lo suficiente para regresar, evaporado el sueño del gran París.

Ahora se trataba de otro viaje a la capital francesa, con mis sueños doblemente rotos, truncada mi carrera como pintor, vencido y exiliado de mi país, agrio el aliento y ácida el alma, con el rostro marcado por la amargura del desastre. Pero había que empezar otra vez, aunque fuera lejos de mi familia y de los míos. Así que apreté los dientes y me lancé de nuevo a la vida.

El comité había decidido que las ventas fueran realizadas por dos compañeros que reportarían a su vez a un responsable. De esa manera se evitaba que los fondos logrados se disolvieran entre manos sin demasiados escrúpulos o con demasiadas urgencias: había mucho apache en el París de aquellos días. Así pues, entré con un compañero en un local de la *rue* Clément.

—El señor Mainger no está —mintió el empleado—, pero díganme de qué se trata y veré qué puedo hacer.

—Venimos a ofrecerle dos cuadros. Pintura española. El marchante Ferretier me dio sus señas.

—¿Qué clase de cuadros?

—Pintura española del XVIII. *Bodegón con joyas y El nece-
ser de la reina.*

—Quizá le interesen al señor Mainger. ¿Tienen los cua-
dros?

—Podríamos traerlos si la propuesta es buena.

—El señor Mainger podrá recibirlos a las seis.

Llegamos a las cinco, una hora antes de lo previsto. Primero, habíamos pasado otra vigilando el edificio, uno de los pocos de aquella diminuta calle que daba al Sena. Lo extraño es que, a pesar de encontrar la puerta abierta, no parecía haber nadie en la casa. Llamamos, pero lo único que oímos fue una lejana música de violín. Parecía Mozart, aunque no pude identificar la pieza. La música nos fue guiando, como la flauta de Hamelín, a través de las salas, hasta una puerta entornada en el fondo. La ejecución era de un verdadero virtuoso y en aquella semioscuridad tenía un efecto hipnótico. Hasta mi compañero, que apretaba la fusca en el bolsillo, parecía subyugado. Tras unos instantes, como temiendo que desapareciera aquella maravillosa melodía, empujé la puerta. Ante nosotros, un caballero maduro de facciones agradables, pelo gris, ojos claros y profundos, vestido con un elegante terno negro, tocaba con alma el violín, arrancando las notas y logrando armonías con una vitalidad sorprendente. Cuando nos distinguió, no pareció extrañarse ante nuestra presencia. Acabó, con tranquilidad y toque de maestro, algunos compases más y dejó el instrumento en su funda. Pero si sorprendente había sido su interpretación, práctica en la que debía de ejercitarse a menudo, no lo fue menos la manera en la que empezó a hablarnos.

—Encantado, señores. Me llamo Santiago Mainger. Les sorprenderá que hable español, aunque en realidad es solo uno

de los idiomas que domino. Fue mi padre, un gran amante de España, quien comenzó a enseñarme su idioma, y quien me bautizó con ese nombre. Ya ven, tenemos algo en común.

La extrañeza de nuestros rostros le hizo continuar.

—Deben de pensar que solo será eso. También estuve en su país antes de que comenzara la guerra. O, como ustedes dicen, la revolución. Viajé allí por negocios y entendí algunas cosas sobre los españoles. Demasiadas palabras, demasiada miseria y mucha historia, excesivo lastre. Las guerras son terribles.

—En eso le doy la razón, sobre todo si las pierdes —intervine entonces—. Pero aún no se ha dicho la última palabra.

—No hace falta ser adivino para saber que la gran traca solo se está preparando.

—Europa entera va a saltar por los aires. Nos urge el dinero. Nuestra organización no goza de ninguna ayuda y son muchas las necesidades que tenemos.

—¿Podría ver los cuadros?

Abrí la maleta que portaba con cuidado, y, dentro de ella, el doble fondo, de donde extraje los cuadros que desplegué con cierta parsimonia sobre la mesa.

Santiago Mainger examinó las dos piezas, el *Bodegón con joyas* y *El neceser de la reina*. En el primero se distinguía, al lado de una bandeja de frutas, un collar de diamantes y rubíes, junto a un vestido de mujer antes de ser planchado, y en el otro, en un gabinete donde se apreciaban perfumes y joyas en un neceser, una mujer —quizás una camarera, por el gesto furtivo— se miraba de soslayo en un espejo.

—Pintura española, siglo XVIII.

Con ojos de experto, ayudándose a veces de una lupa que acercaba a los ojos, Santiago Mainger parecía concentrado.

—¿Es usted pintor? —me preguntó.

—Hasta la guerra lo fui.

—Ya, la guerra... Ferretier, el marchante, me dijo que había estado usted en París hace cuatro años. Y que era un buen retratista y copista.

—Lo intenté, pero no me fue bien. Hice algunas copias, algunos grabados, y pronto volví a España. Pero no hemos venido a hablar de mí. ¿Le interesan los cuadros?

—En efecto, me interesan. Les haré una buena oferta. Podrán responder ante su sindicato.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Les daré cincuenta mil francos por cada uno, lo que equivale, según el cambio actual, a algo más de dos mil dólares. Suficiente para pagar más de una docena de pasajes.

Mainger imaginaba cuál era el objetivo de la venta. Era una buena cantidad, que alargó en un sobre. El compañero, un experto en falsificaciones, examinó y contó los billetes. Eran auténticos.

—Me gustaría invitarle a cenar, para poder conversar, señor...

—Jèrôme, llámeme Jèrôme. ¿De qué? ¿De qué quiere usted hablar conmigo?

—De pintura. Tengo algo que proponerle.

—Y yo muchas cosas que hacer como para ponerme a conversar de pintura.

—Ya. Y más con un capitalista, está usted pensando. Creía que precisamente ustedes, los anarquistas, no tenían tantos prejuicios. No se preocupe, no le corromperé. Mi interés es solamente artístico, como comprobará cuando escuche lo que tengo que ofrecerle.

—¿Y por qué no me lo dice ahora?

—Cada cosa a su tiempo. Quiero hablar con el Jèrôme pintor, no con el militante anarquista.

Miré al compañero, que permanecía como una estatua de sal, sin abrir la boca.

—No le prometo nada. Tenemos que realizar la entrega del dinero al comité. Dígame el restaurante donde me esperará. Iré si puedo.

El restaurante no estaba muy lejos del centro. Acudí, más que nada, por curiosidad. Mainger me recibió en un reservado, donde un camarero tomó nota de mi pedido. Lo confieso, me aproveché. Comí tres platos y postre, acompañado de un buen vino. El magnate ni se inmutó.

—¿No come usted? —pregunté.

—No, solo bebo agua mineral. Pero usted siga, no se apure. ¿Sus camaradas están contentos?

—Ese dinero servirá.

—Iré al grano. Dijo usted que había copiado cuadros antiguos. ¿Acepta encargos?

—¿Qué tipo de encargos?

—Una copia de un cuadro de hace varios siglos. Ferretier afirma que era usted bueno como copista y grabador. Le pagaré bien. Una cantidad importante para que usted pueda viajar a América y comience una nueva vida.

—¿Y por qué no lo encarga a algún pintor parisino? Aquí hay cientos, bien lo sabré yo... Usted no conoce si soy bueno o no. No ha visto mi trabajo...

—Se equivoca. La copia que hizo hace unos años para Ferretier era encargo de un amigo. Cuando le pregunté por su autor me habló de un pintor español, de nombre Jerónimo, un chico joven, con talento.

—Vaya casualidad que fuera a dar con usted...

—En la vida no existen las casualidades. Ya se dará usted cuenta si vive lo suficiente.

—Que me conozca no contesta mi pregunta. ¿Por qué yo?

—Bueno, el trabajo tiene algunas características que lo hacen especial. Lo primero, si quiere, puede llamarlo intuición. Tengo que fiarme de quien haga la copia. El cuadro es muy valioso y no puede salir de la habitación donde está. Hay que copiarlo allí, lo más rápido posible, dos meses mejor que cuatro. No es un trabajo para cualquier pintor, por eso pago tan bien. Otra cosa importante. El cuadro está en Ámsterdam. El copista debe desplazarse hasta allí.

—Ya, ¿se cree que en estos momentos me importa mucho el dinero?

—Desde luego que no, no hay más que verlo para darse cuenta. Pero creo que podré convencerle. ¿Tiene algo que hacer? ¿Quiere acompañarme? Le prometo que no perderá el tiempo...

Me esperaba la sorpresa final, el truco del ilusionista. Mainger llamó a su chófer y en su vehículo fuimos a una mansión en las afueras. Aunque hubiera querido orientarme, no habría podido. Me lo impedían la noche y la conversación de mi anfitrión, que exigía una constante concentración, pero calculé al menos una docena de kilómetros en dirección noreste, tal vez al lujoso *arrondissement* de Belleville. Cuando empezaba a pensar en qué hacía allí, en ese coche, con ese hombre desconocido y enigmático, llegamos por fin a una casa rodeada de árboles y con altos muros de piedra coronados por enredaderas.

—*Voilà*. Bienvenido a mi morada.

Su morada, sacada de otra época. Austera, se podría decir, aunque los muebles de maderas preciosas, los armarios, los cristales, los espejos, todo tenía una delicadeza antigua, como la disposición y colocación de las plantas o las vitrinas con libros. Las cortinas no eran recargadas y, en general, la estancia,

iluminada por finas lámparas, desprendía un ambiente de calidez: lustres y reflejos de bosque habitado. Tras pasar por el salón y el vestíbulo, Mainger abrió un gabinete con llave y me introdujo en él.

Cuando encendió la luz, apareció ante mí una galería con una veintena de cuadros antiguos y modernos. Había primitivos flamencos, renacentistas italianos y holandeses, barrocos y hasta impresionistas franceses. En unos atriles, tres copias esperaban el remate final. La que estaba más avanzada correspondía a un Durero; después, una escena campesina de Pieter Brueghel el Viejo y una copia de un cuadro temprano de Holbein. Eran obras maestras, cuya existencia desconocía. Me dejó deslumbrado tanta belleza.

—No se asombre. Como ve, tengo el taller produciendo a pleno rendimiento. Aunque puede que estas sean las últimas copias.

—Pero, ¿cuál es la razón para copiar las obras? Lo está haciendo al mismo tamaño, lo que quiere decir que quiere vender las copias como si fueran las auténticas...

—Bueno, le contaré la verdadera razón. La mayoría de las obras que ve están en depósito. Sus propietarios, judíos, se hallan ahora mismo en la ratonera de Alemania. Hay jefes nazis que son obsesos coleccionistas de arte, buitres rapiñando su botín. Las copias son para ellos. Es el precio. Sus dueños lograron sacarlas del país y ponerlas en mis manos, y yo cambio a los nazis los cuadros por sus vidas.

—Ya. ¿Y es la copia la que viaja o el original?

—Supongo que se imaginará la respuesta. No se sorprenderá tampoco si le digo que he desarrollado una técnica nueva para envejecer telas y cuadros. El procurar salvar vidas no implica que desaparezcan esas obras de arte. Porque lo que está claro es que peligran mucho más en Alemania que aquí.

—¿Y no han detectado nunca la falsedad de sus copias?

—No, *monsieur* Díaz. Llevan marcos de su período y están pintadas en una tela o tabla de roble de la época, con pigmentos fabricados a mano, como se hacía entonces. Es fundamental dejarle su reposo, pero ahora no nos lo podemos permitir. Por eso aplico un tratamiento especial, que solo conocerá si acepta mi oferta.

—¿Y por qué me cuenta todo esto? ¿No podría ser un espía?

—Tengo informes suyos. No solo de Ferretier. Creo que encajaría perfectamente en el trabajo. A todos nos vendría bien, a usted el primero. Considérelo. Será una corta temporada en Ámsterdam trabajando para la causa de la libertad y del arte.

—¿Y cuál es la obra que tendría que copiar?

—Lo sabrá si acepta. Pero le puedo asegurar que le resultará fascinante. Sí, esa es la palabra. Fascinante.

—Déjeme pensarlo.

—Ojalá pudiera, pero no hay tiempo. Viajo a Ámsterdam dentro de dos días. Me gustaría que me acompañara; todo depende de usted. Eche una última mirada a los cuadros, *monsieur* Díaz. Bruno le llevará después a donde le indique. Ya sabe dónde encontrarme. Que tenga buenas noches.

* * *

13 de junio de 1463

A media mañana, tras una negligencia de un tintorero, en la Verwerstraat, al atizar demasiado el fuego de la caldera grande, se declaró un incendio, avivado por el viento, que ese día soplaba con cierta fuerza.

Desde esa calle, situada al sur de la población de s'Hertogenbosch*, tras pasar el cruce con la Waterstraat, las llamas tomaron el camino del ayuntamiento, avanzando por la Ridderstraat.

Era un espectáculo impresionante, sobre todo para los niños que miraban de lejos con admiración y temor, con los ojos abiertos, imposibles de cerrar en mucho tiempo, como si el fuego se hubiera colado a través de las pupilas. El corazón del Bosque Ducal ardía. El fuego, con sus lenguas ardientes, ascendía muy alto y saltaba, como antes lo habían hecho los gatos, de un tejado a otro.

La familia Van Aeken se movilizó enseguida. Sólo llevaban algo más de un año en esa casa llamada *Sint Thoenis*, San Antonio, en la plaza del Mercado, donde se habían trasladado e instalado el taller. Jeroen tenía entonces trece años, era el más pequeño de una familia de cuatro hermanos —tres varones y una mujer— que provenía de Aquisgrán. Era familia de artesanos y pintores: un abuelo y un tío de Jeroen habían alcanzado cierta relevancia en la comarca. Además de su padre Anthonis, dos de sus hermanos, Goessen y Johannes se habían dedicado también a la pintura, gremio donde él asimismo acabaría por ley natural.

Nadie se ocupó de otra cosa que salvar las piezas que se encontraban en el taller, bajándolas a la calle. Entre ellas, con mucho cuidado, el padre de Jeroen envolvió en tela las alas del altar de la Cofradía de Nuestra Señora, que le habían confiado para restaurar. En la calle, los gritos de las mujeres se mezclaban con las órdenes de los hombres. Un gentío huía en todas direcciones, algunos con la mirada perdida, sin saber a dónde dirigirse y llevando en sus manos o a la espalda lo poco que

* s'Hertogenbosch, Den Bosch, Bolduque, Balduque, o Bosque Ducal.

habían podido arrancar de las garras del fuego: una mesa, una silla, un atado con ropas y piezas de cubertería, un tapiz.

Durante horas, las llamas se ramificaron entre las manzanas, con su danza espectral de sombras y luces, con sus chispas hirientes. Ya habían ardido las casas a ambos lados de la Ridderstraat, y la hoguera continuaba hacia derecha e izquierda, buscando el gobierno municipal a través de la Wijnstraat. Llegó hasta el cruce con las calles de Vught, Snelle y la de los Fratres Menores, que comenzó a arrasarse, pero, fuese porque el viento amainaba, fuese porque las oraciones de los habitantes de s'Hertogenbosch consiguieron llegar a lo alto, el fuego fue perdiendo fuerza. Hacia la izquierda, superó una manzana de casas y llegó a Kerkstratt, calle contigua a la de la familia de Jeroen, donde se detuvo.

Desalojadas las casas del pan y de la carne, la muchedumbre aguardaba expectante en la plaza del Mercado. Las mujeres rezaban, los niños permanecían cerca de sus madres, una fila de hombres con cubos de agua salía del pozo central y, como hormigas, avanzaba hacia los frentes del incendio. A menudo el agua no llegaba nada más que a una cincuentena de metros del fuego; nadie era capaz de acercarse por la alta temperatura, pero al menos mojaban paredes para que las llamas no avanzaran tan rápido. Un humo blanco, grisáceo, se expandía en hilachas por la ciudad a merced del viento, que cuando cambiaba de dirección cegaba los ojos, nublaba la vista y añadía más lágrimas a las enrojecidas cuencas. Todos los que permanecían en la calle debían estar muy atentos a la caída de pavesas o trozos de madera encendidos.

Hombres en los tejados de las casas, con escobas, vigilaban el incendio y sus proyectiles aéreos. Solo desaparecían de lo alto cuando las llamas se acercaban. Por fortuna, dentro del caos, los habitantes se habían organizado. Prueba de ello es